







# DÍAS DE JUEGO



CHAI EDITORA





Benjamin Markovits

# DÍAS DE JUEGO

Traducción de JUAN NADALINI

Markovits, Benjamin

Título original: *Playing Days*

© Del texto, Benjamin Markovits, 2011

© De esta edición, Chai Editora, 2026

© De la traducción, Juan Nadalini, 2026

Diseño de cubierta  
Gonzalo Marin

Fotografía de cubierta  
Micaela Pinali

Corrección  
Nacho del Arco Bonet

Diseño de colección e identidad  
Lamas Burgariotti

Primera edición en España  
Mayo 2026

ISBN: 979-13-991423-0-3

Publicada bajo el acuerdo de Casanovas  
& Lynch Literary Agency S.L.

[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)



*Para mi padre*



*Detesto profundamente todo lo que sea «pura ficción»:  
hasta en la más etérea de las tramas debería haber siempre algún  
fundamento fáctico, y la invención absoluta no es más que el ta-  
lento de un mentiroso.*

Lord Byron



# 1

Mi primera experiencia claramente sexual tuvo lugar en el gimnasio del instituto, después de las clases, durante el entrenamiento de baloncesto. Digo «claramente», pero en realidad no sé bien si en aquel momento la supe reconocer con tanta claridad. Estábamos entrenando en varias máquinas, una de los cuales consistía en apoyar los antebrazos sobre dos soportes elevados para después alzar las piernas; y recuerdo que, mientras cerraba los ojos a causa del esfuerzo, empecé, poco a poco, a notar una sensación extraña entre los muslos. En el fondo, no era más que una reacción química, aunque después me temblaban las rodillas. Puede que fuera esa misma tarde, u otra, cuando un par de compañeros decidieron burlarse de los pelos de mis piernas.

—¡Fijaos en esas piernas de hombre! —dijo alguien.

Yo bajé la vista y traté de entender si las consideraban demasiado peludas o no lo suficiente. De inmediato se sumaron otros chicos. Probablemente se reían de lo suaves que eran, pero es propio de esa edad que yo no estuviera seguro del todo, y que me avergonzaran al mismo tiempo mis rasgos femeninos y cierto exceso de desarrollo.

Las charlas sobre sexo eran, desde luego, algo a lo que había que acostumbrarse en los vestuarios. Y también en la cancha. Los entrenamientos eran el único lugar en el colegio en el que un profesor tenía una clase repleta de chicos para él solo, sin mujeres a la vista que pudieran llegar a inhibirlo.

—¿Te estuviste tocando anoche o qué? —preguntaba uno de los entrenadores cada vez que a alguien se le resbalaba el balón de entre los dedos.

Risitas generales. Lo llamábamos entrenador Britten, aunque también era el subdirector y puede que el primer hombre

negro al que yo veía en una posición de poder. Me aterrorizaba un poco su presencia y me avergonzaba de las cosas de las que me podía acusar. Era un tipo alto, de espalda recta, y le gustaba patrullar las líneas laterales y las de fondo vestido con trajes oscuros y zapatos resplandecientes. A veces, cuando lo decepcionábamos, nos hacía ponernos en fila contra la pared del gimnasio y él se colocaba en el centro de la cancha con un balón en la mano.

—Quietos —gritaba—. Que nadie se mueva.

Después elegía una de nuestras cabezas como blanco y nosotros teníamos que agacharnos para esquivar el balón. No recuerdo que le llegara a dar a nadie ni que nos hiciera daño, aunque el balón se estampaba en los ladrillos con una fuerza tremenda. El mensaje, sin embargo, sí que nos llegaba. O dos mensajes, en realidad: a veces me tenéis que hacer caso, pero otras veces tenéis que confiar en vuestros instintos. Britten creía que una parte importante de su trabajo, entre otras tantas, consistía en enseñarnos a convertirnos en hombres (mediante unos recursos que los demás profesores y los padres no tenían o no querían usar). Siempre pensé que si durante la secundaria me costaron tanto los deportes fue porque jamás aprendí esa lección.

A mi padre le gusta afirmar que fue su tío Joe —y no Kenny Sailors, Bud Palmer o Belus van Smawley— quien en 1931 inventó el tiro en suspensión. Mi bisabuelo, Ari Markovits, medía casi dos metros diez y pesaba más de ciento veinte kilos cuando murió, a los noventa y nueve años, dos semanas antes del *bar mitzvá* de mi padre. «Antes yo sí que era alto, eh», solía bromear ya cuando era muy mayor. En su juventud seguramente habría sido un gigante, y el tío Joe se pasó la infancia entera tratando de tirar por encima de su cabeza.

Nuestra familia dejó Baviera y llegó a Estados Unidos poco antes de la Primera Guerra Mundial. El baloncesto siempre fue un deporte de gueto, pero en aquella primera época los guetos eran judíos, así como también lo eran las grandes estrellas.

Los Markovits fueron abriéndose camino en la vida del modo habitual. Mi abuelo, concebido en Múnich, llegó al mundo en el Lower East Side de Nueva York. De joven empezó a trabajar en el supermercado de sus primos y ayudó a que se expandiera hasta convertirse en una franquicia. Se mudó con su familia a Middletown para establecer ahí las nuevas oficinas centrales, y tres noches a la semana viajaba hasta Manhattan —dos horas de ida y dos de vuelta— para estudiar Derecho en Columbia. Mi padre creció en un hogar acomodado, de clase media, pero a él le gustaba jactarse de que jamás había leído un libro que no fuera para la escuela hasta que empezó la facultad; se pasaba las tardes enteras metido en la cancha.

—Markovits —le dijo una vez su entrenador del instituto—. Vale que seas lento, pero es que también eres un debilucho.

Sin embargo, tenía muy buena vista y unas manos veloces. Cuando yo no era más que un niño, me parecían dos de los

instrumentos de su autoridad general. Yo era el hijo que había heredado su pasión por los deportes, pero también había heredado algo de la altura de mi bisabuelo y de la aptitud física del tío Joe. Jugábamos a muchísimas cosas —baloncesto, tenis, billar— y me pasé gran parte de mi primer año de universidad, una época en la que yo casi no tenía amigos, encorvado frente a él sobre una mesa de ping-pong diminuta, de no más de treinta centímetros por sesenta. Mi padre tiene una paciencia infinita, pero jamás juega a nada para relajarse. A mis doce o trece años ya nos enfrentábamos en cualquier deporte sin cedernos ni medio punto de ventaja.

La historia de mi familia siguió el camino usual. Nieto de un inmigrante e hijo de un abogado, mi padre se dedicó a la vida académica. Su propio hijo quiso ser escritor. La casa en la que crecí estaba llena de libros. Todos los veranos íbamos a Alemania, donde había nacido y se había criado mi madre, y mi padre se traía todo tipo de antigüedades y alfombras para decorar nuestra casa de Texas, un lugar soleado. Teníamos un jardín trasero muy grande y en uno de los laterales mi padre construyó una cancha para que jugaran sus hijos.

Creo que nunca fui más feliz que en esa cancha. Pero algo había cambiado entre su infancia y la mía, y la diferencia no estaba solo en el dinero del que disponíamos. El baloncesto había sido su gran excusa para salir de casa; en mi caso, lo era para quedarme en ella. El deporte en sí también había cambiado. Ya no quedaban estrellas judías, y los afroamericanos habían ocupado su lugar en los barrios en los que vivían y en las canchas en las que jugaban. La mitad de los muchachos con los que yo iba a la escuela eran negros, aunque había menos en los cursos avanzados que en el equipo de baloncesto. La cancha era uno de los pocos espacios en los que nos mezclábamos, pero incluso ahí se interponía cierta timidez personal, producto de algo que

podríamos llamar mi conciencia de clase. Por ejemplo, jamás se me habría ocurrido hacer un mate.

Para empezar, duele; eso es lo primero que uno aprende. Al menos hasta que las articulaciones internas de los dedos se llenan de callos, bajo los que se preservan unas cuantas motas de sangre. Mi madre, socialista de la vieja escuela, al ver esas durezas me dijo:

—Con esas manos sobrevivirás a la revolución.

No es que eso en la cancha me sirviera de mucho. Los viernes por la tarde, en mis años de instituto, mi padre seguía al autobús del equipo escolar por todo Texas para verme jugar. Hasta lugares con nombres como Del Valle y Copperas Cove, donde en la fachada de los gimnasios ondeaban banderas confederadas. Se sentaba en las gradas, con los otros padres, mientras yo me sentaba en el banquillo de suplentes, sobre mis propias manos (para calentarlas). Me daba miedo que el entrenador me sacara a jugar. Supongo que muchos padres tienen una idea sobre las capacidades de sus hijos cuando están solos, en la confianza de la intimidad. Nos mostramos de un modo frente al mundo y de otro diferente cuando estamos junto a los que nos quieren, y la diferencia ha de ser para ellos algo doloroso de observar.

—¿Quieres que vaya a hablar con el entrenador? —me preguntó una vez en el coche mientras volvíamos a casa. A veces me iba con él en lugar de en el autobús del equipo.

—No, por favor, no hables con él —contesté.

Pero él siguió insistiendo:

—Hoy les habría venido bien tu ayuda. Sé lo que puedes hacer en la cancha.

—No, por favor, no hables con el entrenador.

Mi timidez era una prueba de lo mucho que él había medrado en la vida desde su infancia en las calles de Middletown.

Pero en mi último año de facultad yo también había madurado un poco. Y en algún momento de aquellos cuatro años de carrera, siempre a la deriva, tuve la ocurrencia de que podía llegar a ganarme la vida jugando al baloncesto, ya que ninguno de mis conocidos había logrado ganarse la vida escribiendo.

Un amigo me grabó en el gimnasio universitario mientras tiraba a canasta y hacía unos mates. Fue lo que mandé como currículum, junto con un dato minúsculo pero fundamental: mi madre era alemana, lo que me permitía cubrir alguna clase de cupo europeo para extranjeros. Mis compañeros estaban ocupados tratando de que los aceptaran en algún posgrado, en facultades de Derecho y de Medicina, y muy atentos a las posibles respuestas. Gracias a aquel vídeo yo salí de la oficina del decano, un ventoso día de marzo, sacudiendo las cuatro páginas del contrato que un agente acababa de mandar por fax. Le mostraba las firmas a cualquiera que se me acercara. Me parecían de una belleza inverosímil. No me ponía una equipación de baloncesto desde los diecisiete años, y sin embargo en Ober-Ramstadt había alguien dispuesto a representarme.

Supongo que quería recuperar algo: la infancia de mi padre, pero también la mía. A él de joven lo motivaba una mano izquierda hábil, unos buenos tiros en suspensión, no una carrera académica, un sueldo, un trabajo fijo, una hipoteca. A mí la adultez me parecía uno de esos compromisos incómodos y formales en los que a uno lo obligan a participar cuando es un niño, con traje y corbata, y donde se ve forzado a decir cosas sin ningún convencimiento. El baloncesto era mi excusa para no tener que pasar por todo eso. Además, quería una oportunidad para hacer las cosas que no había hecho en el instituto.

Dos días después de graduarme, cogí un avión con dirección a Hamburgo y me pasé el verano de tren en tren, recorriendo hoteles y gimnasios. En aquella época viajaba con muy

poco: una bolsa de deporte con una muda de cada prenda, incluidas las zapatillas, y en el medio un balón. Me lavaba la ropa a mano en el baño. Casi todas las ciudades grandes estaban dominadas por el fútbol; solo en el campo, en los pueblos rurales y comerciales, el baloncesto disfrutaba de un poco de espacio propio. A finales de julio conseguí trabajo en Landshut, al norte de Múnich, en un equipo de segunda división apodado localmente como Los Yogures. Así que volví a casa durante un mes y me pasé aquel verano como lo había pasado siempre: yendo y viniendo entre el fresco del aire acondicionado y el calor radiante que reflejaba la cancha de mi padre. A finales de agosto me subí a un avión hacia Múnich para empezar mi nueva vida.

Mi padre me llevó al aeropuerto y nos quedamos sentados en el coche un momento con el motor en marcha. Entonces me apoyó una mano en el hombro y me di cuenta de que se disponía a darme un par de consejos.

—Necesito que me hagas un favor —dijo finalmente—. No hagas ninguna tontería con esos tipos, con los jugadores.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes... —dijo—, apuestas, ese tipo de cosas. No son los chavales con los que te has criado. Y también te pido que tengas cuidado con las mujeres.

Mientras pasaba por el control de seguridad, y hacía el *check-in*, y después recorría el largo pasillo sin ventanas que llevaba hasta las puertas de embarque, me di cuenta de algo muy curioso: por primera vez en mi vida tenía miedo a volar.

El club mandó a una persona para que fuera a recogerme al aeropuerto. Un estadounidense con acento sureño, Bo Hadnot. Medía más o menos un metro ochenta y cinco. «Seguro que es un jugador retirado», pensé. Tenía unos dientes enormes que lo obligaban a mantener los labios un poquito abiertos, como si siempre tuviera sed. Y tenía unas manos sólidas; me quitó la bolsa de un tirón. Me pareció un trabajo un poco triste para un expatriado.

Ese verano me vinieron a recoger muchas veces —a aeropuertos, estaciones de tren o de autobús—, desde gerentes hasta diversos lacayos de los clubes. Tipos gordos y mal vestidos cuyo último rescoldo de juventud consistía en seguir viviendo con sus padres. Algún amigo que trabajaba en el sector administrativo les conseguía curros de ese tipo: reservar hoteles y organizar los horarios, llevar a los candidatos al gimnasio, limpiar los vestuarios, lavar las camisetas, etcétera. Aun así, al principio actuaban con cierta superioridad respecto a los recién llegados, especialmente los más nerviosos, gente como yo. Casi ninguno sabía ni siquiera cómo me llamaba, y Hadnot no fue la excepción. Les bastaba con el dato de que yo jugaba al baloncesto, daban por hecho que vería cómo sobresalía entre la multitud.

Sudado por el vuelo, cohibido y con mal olor, me dormí apenas salimos del aeropuerto. Hadnot se perdió por el camino. Tuvo que despertarme delante de una estación de servicio para que bajara a pedir indicaciones porque me había oído hablar en alemán con los oficiales de aduanas. Lo hizo con mucha delicadeza, repitiendo «hijo, hijo» en voz cada vez más alta. Cuando volví al coche y nos pusimos en marcha de nuevo, le pregunté cuánto hacía que vivía en Alemania, y sin demasiada ironía ni

vergüenza me dijo que cinco años. Le pregunté qué había estado haciendo todo ese tiempo.

—Jugar al baloncesto.

Por fin logramos salir de la maraña de autopistas que rodeaban el aeropuerto y adentrarnos en el campo, una zona muy agradable y con pequeñas granjas aquí y allá. Avanzamos por carreteras rurales flanqueadas a ambos lados por altas plantaciones de cereales. Y pueblecitos con nombres que incluían el espectro completo de las alturas topográficas —alto, medio, bajo (u *Ober*, *Mitte* y *Unter*)—, ninguno más que una curva en la carretera con un par de granjas. La ciudad resultó ser bonita y antigua. Atravesamos a trompicones, durante varios minutos, por el empedrado de la calle principal; pasamos por una iglesia con una alta aguja de ladrillos, tan sencilla como la chimenea de una fábrica, antes de frenar frente al río, en un diminuto restaurante italiano llamado Sahadi's. En las ventanas, bajo un toldo rojo a rayas, había unas garrafas envueltas en mimbre. La mayoría de los coches aparcados junto a la entrada eran Fiats azules de tres puertas y con matrículas recientes: la señal de que el equipo de baloncesto estaba ahí reunido. Pero Hadnot me dijo que tenía que ir a buscar a su hija a la casa de la abuela y se fue en cuanto cerré la puerta del coche.

Sahadi's se llamaba así por el dueño del local, un turco que había llegado al norte del país después de cruzar los Alpes desde Turín hacia finales de los años ochenta, cuando los alemanes flexibilizaron las leyes de inmigración. Era uno de esos personajes que fascinaban a mi padre —buscavidas, errante, políglota—, gente con la que yo lo había visto «charlar» durante toda mi infancia. Supuso, por mi estatura, que yo era un jugador más y me fue guiando a través de varios arcos de ladrillo recubiertos de enredaderas. Como a los bávaros, me dijo (yo lo estaba taladrando a preguntas, tal como habría hecho mi padre), les interesaba muy poco

la comida turca, él preparaba platos italianos, aunque cada tanto también se las ingeniaba para colar algunas influencias orientales. El entusiasmo del señor Sahadi por conocer a los nuevos jugadores de baloncesto parecía sincero y me retuvo un segundo bajo un arco, agarrándome del codo para compartir conmigo sus opiniones. Fueron mis primeros escauceos con la fama.

El espacio al fondo era poco más que una caverna; había una mesa baja y a su alrededor unos seis hombres que casi no podían meter las rodillas por debajo.

—¿Y Hadnot? —gritó uno mientras yo agachaba la cabeza bajo una enredadera y buscaba una silla vacía. Le dije que se había ido a buscar a su hija—. ¿Eres el estadounidense? —preguntó la voz—. Oh, siéntese usted, hermano, siéntese, pues me gustaría charlar con vos.

Quien me hablaba era uno de los dos jugadores negros que había en torno a la mesa. Me hizo un sitio a su lado, en la cabecera, y estiró una mano para agenciarse un plato limpio que llenó de espaguetis desde una fuente ubicada entre las botellas de agua con gas. Casi todos los demás ya habían comido. No quedaba mucho, pero mezcló lo que quedaba y me lo ofreció: palillos de pan y hummus, calamares fríos, queso parmesano, un limón, un poco de vino. Dijo que se llamaba Charlie, Charlie Gold, y me presentó al resto del equipo: Olaf Schmidt, Axel Plotzke, Willi Darmstadt, Milo Moritz y Karl.

Charlie acaparó casi toda la conversación. Era un joven de rasgos compactos y cejas bajas. Se estaba quedando calvo; era travieso pero sin llegar a ser infantil. Por ejemplo, ni se había molestado, al contrario de muchos deportistas, en afeitarse los rizos alrededor de las orejas y la nuca. Tenía la piel de las mejillas tan áspera y llena de acné que habría servido para encender una cerilla. Creo que la imagen me vino a la cabeza porque la mayoría de ellos estaba fumando.

Apagaban las colillas en los restos de comida, en los cuencos con aceitunas, en las tazas de café vacías. Charlie no fumaba. Fue algo que olí enseguida. Y también lo percibí en su tono de voz, que transmitía, cada vez que pasaba una vela para que alguien encendiera un cigarrillo, una mezcla de simpatía y desagrado. Era un desagrado que él ejercía con deleite: lo ponía del lado correcto de las cosas. Me dijo:

—¿No fumas, no? —Cuando negué con la cabeza, agregó, a un volumen lo suficientemente alto como para que lo escucharan los demás—: Estos europeos se creen artistas, se creen estrellas del rock. Cuando empieza el partido hablan de la cantidad de copas que se tomaron la noche anterior. Quieren que uno juegue limpio. Te voy a dar un consejo, jovencito: nunca juegues limpio.

Entonces uno del grupo le respondió, entre risas:

—Sí, pero somos felices.

—No, Milo, no eres feliz. Y no vas a ser feliz cuando haya acabado contigo.

Milo tenía cara de boxeador: la piel gruesa y la nariz rota. Y una tendencia a sonreír de más. Mientras trataba de concentrarme en la comida, un tipo maduro de bigote tupido se abrió paso entre las sillas hasta nuestro lado de la mesa. Seguramente yo estaba ocupando su lugar, porque me miró con el gesto torcido durante un rato hasta que Charlie le explicó:

—No pasa nada, entrenador. Nuestro nuevo amigo venía con hambre, así que le dije que se sentara conmigo.

Reconocí a *herr* Henkel, al que había visto el día de la prueba, y me levanté para darle la mano.

—¿Dónde está Hadnot? —me preguntó.

—Tenía que ir a buscar a su hija.

—Pero si él nunca va a buscar a su hija —respondió él, y miró de reojo al resto del equipo.

Había algo paternal en esa mirada rápida, y mi respuesta tuvo un matiz filial, un poco nostálgico:

—¿Quiere que le devuelva la silla, entrenador? —le pregunté en alemán.

Y él me respondió en un inglés áspero:

—No hay que ceder terreno, ¿verdad, Charlie? —Y después, a uno de los muchachos de la mesa—: Hazme sitio, Darmstadt.

Darmstadt era un muchacho en edad de instituto con un flequillo rubio demasiado largo. Arrastró la silla hacia atrás y se pasó el resto de la tarde con los hombros apoyados contra la pared, pero nadie dijo nada. En medio de ese silencio, Charlie decidió «meterse» —esa es la palabra que usó— con un par de compañeros. Tenía un aire nervioso que, incluso en aquel primer encuentro, no me pareció del todo alegre. Daba la impresión de estar resignado, de que lo que le había tocado en suerte le parecía poca cosa. Pero que, mientras llegaban cosas mejores, aprovechaba para divertirse un rato. El tipo que me había presentado como Plotzke era un alemán gordo y de brazos largos, con unos rasgos ligeramente exagerados que se suelen derivar de ciertos trastornos en la glándula pituitaria: cara larga y ovalada; ojos grandes, bovinos.

—¿Cuánto peso ibas a perder este verano, Axel? ¿O la idea era engordar? —Ese tipo de cosas.

Axel se rio. La suya era una voz educada, aunque un tanto quejumbrosa. De todas formas, casi todos en la mesa recibieron sus cinco minutos de atención. A Darmstadt lo dejó en paz, hasta que lo provocaron; pero había otro muchacho de instituto al que Charlie tenía pensado «adoptar como mejor amigo».

Digamos que se llamaba Karl. Por un lado está la cuestión legal, pero más allá de eso su fama actual opacaría el encanto que tenía en aquel entonces, durante su primera temporada profesional, cuando no era más que un desconocido.

—Nosotros dos tenemos mucho de qué hablar —dijo Charlie.

Karl sonrió ante la broma, pero casi no le prestó atención, y tampoco parecía importarle demasiado. Tenía una de esas caras anchas y planas que no resultan demasiado flexibles a la hora de expresar emociones. Había algo en él muy alemán, sobre todo en sus gustos en materia de ropa, que era casi oficialmente informal: vaqueros marrones, sandalias de cuero y una camiseta amarilla con la leyenda ANSIEDAD MÁXIMA escrita en letras desvaídas.

Más adelante, cuando fue al baño, descubrí el rasgo más notable de Karl: medía dos metros quince y parecía normal. Éramos los otros los que estábamos fuera de toda proporción, como encogidos.

Charlie no logró hacerle mella, así que dirigió su atención hacia Olaf, el otro jugador de piel oscura en aquella mesa.

—¿Sigues comiendo? —preguntó—. ¿Te hace falta un poquito más de tiempo? —Y después, en voz más baja, añadió—: Este tío es vago hasta para comer.

Los equipos están llenos de gente que hace la pelota, y algunos se echaron a reír. Yo tuve que cubrirme la boca con el puño. Olaf siguió comiendo muy despacio. Tenía el porte paciente y musculoso de una escultura griega; una escultura griega negra de dos metros y ciento diez kilos. «Paciencia» no era una palabra que usara Charlie. Vago, vago, vago; lo cantaba como si fuera un himno religioso: *Santo, santo, santo*. Olaf levantó la mano y bajó la cabeza, uno de sus gestos típicos.

—Sé lo que estás pensando —agregó Charlie—. Quieres que te deje en paz, ¿no? Pues te puedes ir olvidando.

A veces el tono de voz de los alemanes se suaviza cuando hablan en inglés, queda como un té muy aguado.

—No. Te voy a decir lo que estaba pensando —dijo Olaf—. *Du kannst mich am Arsch lecken, Kleiner.*

Esto causó un pequeño revuelo mudo. Entonces Charlie preguntó, mirando a su alrededor:

—¿Qué ha dicho, qué ha dicho?

Darmstadt, todavía recostado contra la pared, empezó a reírse.

—Este chaval se ríe de cualquier cosa —señaló Charlie—. Lo podrían tirar de un puente y aun así se reiría.

Olaf prosiguió en alemán:

—Debería darte vergüenza venir aquí y comportarte como un matón con los más pequeños.

Charlie me miró sonriendo.

—¿Qué ha dicho este vago hijo de puta? ¿Qué ha dicho?

Durante un segundo cruzamos miradas. Milo empezó a aplaudir y gritó:

—*Wir haben einen Dolmetscher! Einen Dolmetscher!* —Una palabra fea y sencilla en alemán que significa «traductor».

Olaf también me miró, y me di cuenta, por una cierta vergüenza en sus ojos, de que estaba un poco asustado por lo que acababa de decir, y también un poco asustado de Charlie.

Miré a Charlie, miré a Olaf, y miré a *herr* Henkel, quien dijo con una risa forzada:

—Tranquilo, Charlie. —Tenía una cara amable, común, bávara: oscura, circunspecta, áspera. La cara de un granjero próspero. Solo cuando bromeaba o sonreía se revelaba en él algo más vulgar, un humor adquirido en los vestuarios. Ahora sonreía muy débilmente.

—Pensaba que esa era la razón por la que me pagabais. Por mis charlas motivacionales de pretemporada.

Pero Henkel le puso una mano sobre la cabeza.

—No, no te pagamos por eso. Es un extra que nos tú das.

—Soy un tío generoso —dijo Charlie.

Unos minutos más tarde, Henkel pidió un poco de silencio y dio su propia charla motivacional de pretemporada. Nos



contó lo que esperaba de nosotros, sus expectativas para el año, y también nos explicó cómo iban a desarrollarse las siguientes semanas. A pesar del mal humor y de la incomodidad general de la comida, me conmovió ver cómo muchos de mis compañeros se emocionaban. Un poco porque estaban borrachos. Olaf tenía una mejilla apoyada en una de sus palmas inmensas. Milo, tan pronto como Henkel se levantó para proponer un brindis, apagó el cigarrillo y volvió a llenarse la copa. Es difícil imaginarse un grupo más disímil de seres humanos, como un conjunto de sillas de estilos distintos en un mercadillo. Casi todos los presentes eran una combinación de excesos: demasiado altos, demasiado gordos, demasiado flacos.

—Por la victoria —dijo Henkel—, que siempre es mejor que la derrota.

Todos brindamos llenos de esperanza.



Fue Charlie quien después de comer me llevó a casa (es decir, a mi nuevo apartamento). Su coche era apenas más grande que los otros, un Volkswagen Golf con un par de zapatillas Nike en miniatura colgadas del espejo retrovisor. En aquel momento me pregunté si se estaría otorgando a sí mismo una especie de derecho de propiedad sobre mí. Cruzamos la ciudad y volvimos a ascender por unas colinas, desde donde se extendían las tierras de cultivo, y pasamos por debajo del arco de ladrillos de un puente ferroviario abandonado. Ahora solo los árboles ocupaban esas vías.

Hacia la derecha había una granja de caballos ubicada sobre una franja estrecha de campo plano; por detrás, el terreno descendía hasta un valle boscoso. Charlie giró a la izquierda, subió por un pequeño camino asfaltado y estacionó detrás de una hilera de puertas de garaje cerradas que se extendían por la parte trasera de un inmenso complejo de pisos de los años sesenta,



pintado de color violeta. No se bajó para ayudarme con el equipaje, pero por la manera en que se quedó sentado entendí que quería decirme algo, así que esperé un segundo antes de abrir la puerta. Tal y como había hecho con mi padre doce horas antes.

—Tengo grandes expectativas, joven —dijo—. Creo que este año podremos abandonar de las ligas menores. Karl no va a quedarse mucho tiempo, así que más vale que lo aprovechemos. Pero todos tenemos que cumplir una función. Tú también. —Después de una pausa repitió—: Grandes expectativas. —Y con ellas se quedó mientras cogía mi bolsa del asiento trasero y me bajaba.


El mío era uno de los pisos con vistas a la carretera. La mayoría de mis compañeros de equipo habían vivido en ese edificio, en algún momento u otro, pero también había civiles, por llamarlos de alguna manera. E indicios de familias: bicicletas infantiles tiradas por los jardines, regaderas, botas de goma. El brillo variopinto de la vida se veía en las cuerdas para la colada, atadas entre la ventana del baño y la barandilla del balcón. *Herr Henkel* me había dado las llaves, y me costó bastante abrir la puerta que daba a las escaleras, un cubículo sin ventanas. El *jet lag* ya hacía de las suyas. El día anterior yo vivía en un mundo diferente. «Por fin solo», pensé casi agradecido por la oscuridad mientras subía por las escaleras hasta la puerta cuyo número coincidía con el del llavero.

La habitación que había detrás de aquella puerta tenía, en el centro, una gran cama que parecía morbosamente cómoda bajo la luz tenue que se colaba por la ventana, que tenía las cortinas cerradas. Eran gruesas y feas, y lo primero que hice fue arrancarlas con una violencia en la que entreví, por única vez en todo el día, la felicidad de cierta despreocupación juvenil. La tela cerosa y estampada me llenaba los puños; tiré las cortinas al suelo y les di una patada. Eran las cinco de la tarde de un día de verano y el


cielo estaba más o menos limpio: el sol había ido ganando brillo a medida que perdía altura. La ventana daba a un balcón sucio, cercado y con un desagüe encharcado; el agua estancada había desteñido las baldosas. Más allá estaba la carretera; y más allá de la carretera, la granja, el valle y el bosque. La luz transparente del oeste se intensificó hasta volverse de bronce antes de desaparecer por completo. Rodeado de esa luz me quedé dormido.

Cuando me desperté, en parte por el frío, ya había oscurecido. También tenía hambre, pero no la suficiente como para salir a buscar algo de comer a esas horas (acababan de dar las diez), así que decidí ducharme, cambiarme de ropa y volver a la cama. Empezábamos pronto por la mañana. El entrenamiento era a las nueve, y los periodistas llegarían a partir de las once. La bolsa estaba donde la había dejado tirada, encima de la otra almohada. Primero saqué el balón de baloncesto y después seguí con la ropa.


Durante la universidad, nunca tuve demasiado interés en la moda, pero desarrollé una manía curiosa respecto a mi armario: quería reducirlo a su mínima expresión, volverlo lo más práctico posible. Si comparaba pantalones, buscaba unos que me sirvieran para viajar en tren por Europa, para ir a un entierro o a una entrevista de trabajo; que se adaptaran tanto al calor como al frío; que se pudieran usar si llovía, si me iba de viaje o si hacía un picnic en un parque. Hasta las zapatillas que tenía puestas, unas Air Jordan negras, me habían servido una vez, junto con un par de pantalones oscuros, para ir a un baile de la facultad. Me gustaba considerarme, más que un tipo apuesto o estiloso, como alguien libre, flexible, siempre listo para irme a alguna otra parte. Mientras doblaba mis pocas prendas dentro del armario inmenso y antiguo que había cerca de la cama, tuve la sensación de que por fin una de mis obsesiones cobraba cierta utilidad y se justificaba. Estaba viviendo tal y como había soñado hacerlo.



Era un piso con tres espacios: dormitorio, cocina y baño. Solo el baño daba al jardín interno. Había una ventana alta, sin duda diseñada para ventilar, pero yo era lo suficientemente alto como para mirar hacia el exterior. Las luces del complejo brillaban en cuadrados irregulares. A la mañana siguiente pude otorgarle una forma definida al patrón que formaban. Los edificios eran idénticos, salvo que de colores distintos, muy vivos; establecían entre sí ángulos extraños. Aquella noche, sin embargo, lo único que pude ver fueron unas pocas ventanas iluminadas, y me quedé un rato mirándolas, disfrutando de la sensación de haber llegado a un lugar donde otra gente ya se sentía (misteriosamente) como en casa.



Unos minutos después, el resplandor en la ventana que tenía más cerca adquirió una forma difusa, y esa forma se fue convirtiendo en una cabeza, un brazo, un vestido suelto. Me di cuenta de que estaba mirando a una mujer joven de pelo largo. Se lo cepillaba de una forma que me dio a entender —tengo tres hermanas— que era uno de los últimos rituales sosegados que hacía antes de ir a acostarse. Llegué casi a sentir nostalgia por ella; me costaba muchísimo apartar la mirada. Pero alguien o algo la hizo ir a otra habitación, y yo seguí con la mirada clavada, y el corazón acelerado, en el espacio vacío y brillante que acababa de abandonar (apenas una pared entre dos cortinas), hasta que, con una sensación repentina de renovada soledad, apagué la luz del baño y me fui a la cama.



El tipo que había venido a recogerme al aeropuerto me había preguntado, mientras conducía, por qué «había venido desde tan lejos a jugar al baloncesto». Como si él mismo hubiera estado batallando con esa misma pregunta. «Para divertirme», le había contestado yo, algo que cuando me desperté esa mañana soleada y ventosa parecía cierto. El tiempo era lo suficientemente cálido como para hacerme sudar un poco de camino al gimnasio. Pasé por debajo del puente abandonado y vi que, en la otra punta, había una fila de negocios: un kiosco, una panadería y un pequeño *Kneipe* (o bar) llamado Unicorn. Un hombre vestido con un mono de trabajo bajaba barriles de cerveza por la escotilla del sótano. La oscuridad del interior del bar estaba moteada por un polvillo verdoso; una mujer con delantal daba la vuelta a las sillas y las recolocaba en su lugar. «Un trabajo de verdad», pensé, y seguí caminando hacia el río.

Fluía hacia el sur y hacia el este, hasta Múnich, la ciudad de la que mis ancestros habían escapado casi un siglo antes. El pabellón deportivo se situaba en el otro lado. Era un complejo bajo y extenso de aspecto municipal. Dos enormes pilares enmarcaban el acceso para el público. Eran los únicos rasgos de grandeza que daban cuenta de las competiciones que habían tenido lugar en su interior. Una parte de lo que me animaba en ese momento (una reflexión que venía rumiando mucho aquellos días) era la noción de que estaba a punto de descubrir si de verdad era bueno. El baloncesto, desde luego, es un deporte de equipo, pero una parte sustancial de la tradición es la soledad en la que en general uno aprende a jugar; en mi caso, fue por cuenta propia, en la cancha de mi padre, bajo la lluvia intensa y el calor aún más intenso de

miles de tardes texanas. Sentía que estaba a punto de contrastar mis fantasías con la realidad.

Un tío regordete y joven, con unas fosas nasales muy anchas, me indicó cómo llegar al vestuario. Para cualquiera que haya jugado en un equipo, esas escenas son bastante comunes: el olor inconfundible, la luz gris y uniforme, sin sombras, el goteo de las duchas, las alfombrillas de goma sobre las baldosas, los bancos de madera podrida. Una atmósfera hecha de nailon húmedo y pie de atleta, esa especie de camaradería de trincheras.

Cuando entré, Darmstadt ya estaba vestido e iba de un lado a otro buscando balones: quería que alguien jugara con él. Había una bolsa abierta llena de equipaciones de entrenamiento volcada en el suelo. Elegí unos pantalones cortos y una camiseta, y me los puse en silencio: me preparaba para interpretar, por primera vez, el papel del deportista profesional. En el vestuario también estaba Olaf, y le pidió a Darmstadt que saliera a ver si llovía, o algo parecido; quería que nos dejara en paz.

—Algunos todavía estamos tratando de despertarnos —dijo, y me dedicó una mirada compasiva.

Me fui a buscar el pabellón, pero di varias vueltas por unos pasillos oscuros antes de encontrarlo. La cancha era inmensa y oscura, parecía un hangar. El suelo estaba hecho de un material verde y reflejaba una luz opaca que le confería al lugar una especie de penumbra subterránea. Alguien había encontrado la bolsa con los balones y se podía escuchar cómo rebotaban de manera irregular contra las enormes vigas de aluminio. Milo practicaba tiros en suspensión: lanzaba, corría para recoger cada balón que no encestaba, se frenaba en seco y volvía a intentarlo. Ya se oía el sonido de su respiración.

—¡Muchacho! —me dijo una voz— Eh, muchacho. —Charlie quería jugar; me pasó un balón por fuera de la línea de tres

puntos y se colocó en posición defensiva—. A ver de qué estás hecho —dijo.

Empecé a botar el balón sin muchas ganas, de lado. No sabía bien cómo de serio tenía que tomarme el asunto, pero Charlie se agachó otra vez y salió disparado tras golpear el suelo con las palmas de las manos.

Me buscó por la derecha, que es mi lado fuerte. La mayoría de los jugadores diestros son mejores con el pie izquierdo; es algo que los ayuda a mantener el equilibrio en el aire. Yo, curiosamente, no lo soy. Es una de mis particularidades. Me pasaba horas a la salida del colegio driblando y esquivando a rivales imaginarios. Y después una voz interna me daba su veredicto: si había sido todo lo rápido que hacía falta, etcétera. Pero lo fundamental es que incorporé las peculiaridades y las rarezas de los autodidactas. También un par de erratas recurrentes, o más bien su equivalente deportivo. En cualquier caso, me gusta avanzar por la izquierda, así que me crucé por delante de Charlie, hice una pausa en lo más alto del rebote y lo adelanté.

—Otra vez —me dijo después de encestar—. Y una más —me dijo cuando repetí el movimiento.

En esa ocasión, sin embargo, giré mientras dribleaba y enceste un tiro desde más de cinco metros mientras él luchaba por recuperar terreno. Con la respiración entrecortada, cerré los ojos para que no me entrara el sudor y escuché el redoble tenue y casi doloroso de un latido. Era el ritmo de un estribillo suave, autocomplaciente: «Tal vez sí que seas bueno, tal vez sí».

—Muchacho —dijo Charlie, frotándose las manos—, estamos de suerte —Pero *herr* Henkel hizo sonar un silbato y nos convocó al centro de la cancha.

Lo que vino después fue más o menos una hora y media de ejercicios repetitivos. Henkel era un entrenador con una mentalidad técnica. El entrenamiento estaba planificado minuto a

minuto en una pequeña pizarra que apoyaba entre la muñeca y la cintura. No es que fuera del todo reacio a la improvisación. Más o menos hacia la mitad del entrenamiento, nos dejó recuperar el aliento con una ronda de tiros libres, se enfadó cuando fallamos varios tiros y como penalización todos tuvimos que hacer un «suicidio» por cada error que cometíamos. Un suicidio es como una carrera de cien metros lisos pero en el patio de una cárcel: hay que cambiar constantemente de dirección, hacia atrás y hacia adelante, hacia atrás y hacia adelante, y en el proceso la cancha se va inundando con los chirridos de las zapatillas y el azote de las manos contra el suelo.

Fallé mis dos tiros. La sangre en la cabeza ya había empezado a teñirme la vista de violeta. Charlie también falló uno de los suyos. Tenía un estilo raro, con un movimiento muy curioso, parecía un sacacorchos tratando de descorchar una botella; empezaba por detrás de la cabeza. Tampoco era el más rápido corriendo entre las líneas de fondo (ese honor le correspondía por completo a Milo, que se lo tomaba muy en serio), y empecé a cuestionar si Charlie era, en efecto, el líder del equipo. A las once menos cuarto, Henkel abrió las puertas y entraron unos cuantos señores grandotes y sonrientes, vestidos con corbatas y pantalones informales, cargando cámaras y libretas. Para ese momento yo casi no podía mantenerme en pie.

El entrenador nos dividió en dos grupos de cinco. Olaf y yo jugamos con Plotzke y Darmstadt. Plotzke era un tío inmenso, una especie de ogro con una tripa enorme, con los hombros caídos como un jorobado; su voz, sin embargo, era delicada y quejumbrosa. Se estaba tomando un año sabático de su posgrado, según me contó durante un descanso. «Unas vacaciones», dijo, «nada más», y me sonrió con las mejillas encendidas. Charlie tenía en su equipo a Karl, a Milo y a un joven alto y flaco llamado Michael Krahm, que se movía como un insecto y no había pronunciado

una sola palabra en todo el día. El resto ya habíamos encontrado algo de lo que quejarnos.

Me gustaría poder decir que nos defendimos. Fue ahí cuando entendí la actitud de Charlie durante el almuerzo, por qué todos lo habían dejado hablar. Tenía un dribbleo alto y rabioso (aunque era el jugador más bajo de la cancha), y cada golpe que le daba al balón mientras avanzaba parecía el mazazo de un juez; hablaba sin parar, gritaba, nos daba indicaciones.

—Por atrás, por atrás —aulló en un momento. Milo lo miró impotente y Charlie le hizo un pase que le dio de lleno en la nariz, corrió hacia el aro, retomó el balón después del rebote y encestró—. Buen pase —dijo un segundo más tarde, mientras volvía corriendo.

Más tarde, después de un rebote largo, Olaf me dejó solo en un contraataque. El único que había retrocedido era Charlie. Lo tenía todo para mí en la esquina de triple, así que a medio camino cambié de táctica y giré usando la misma maniobra con la que lo había esquivado antes. Me saltó por encima tan rápido que yo apenas me había dado la vuelta cuando él ya me había robado el balón y se lo llevaba en la otra dirección.

—Me la has colado dos veces —gritó por encima del hombro—. Debería darme vergüenza...

Pero la verdadera revelación de ese entrenamiento fue Karl. No sé si era más rápido o más fuerte o qué. Sus movimientos parecían obedecer a una escala diferente. En un momento traté de interponerme en su camino y, al cabo de un segundo, mientras me preguntaba dónde se podía haber metido, vi que estaba colgado del aro a mis espaldas.

—¡Ese es nuestro chavalín, señores! —gritó Charlie—. ¡The Kid!

Charlie elogiaba a sus compañeros de equipo de un modo muy curioso, casi como si estuviera fanfarroneando, pero logró

que el apodo funcionara. Hasta los diarios locales empezaron a usarlo. (Los alemanes tienen una pasión muy extraña por las palabras en inglés). En cierta forma ese mote ocultaba el hecho de que Karl era, en efecto, un niño, un muchacho de diecisiete años que interpretaba, nervioso, el papel que su talento le había impuesto. Tenía la costumbre de alejarse cuando ejecutaba un tiro en suspensión, algo absurdo en alguien que medía dos metros diez; tiraba demasiados triples y muchos rebotaban en el borde delantero del aro; se relajaba un poco en la defensa, confiado en que la longitud de sus brazos compensaría lo que no podían hacer sus pies.

De hecho, fue así como casi ganamos. Karl me cedió la línea de tres puntos, y cuando logré estabilizarme encesté un par de tiros antes de que él tuviera tiempo de reaccionar. En la siguiente jugada, Charlie se lo quitó de encima (por la fuerza, con las dos manos) y se me pegó al cuerpo nada más cruzar la mitad de cancha. Me abrí paso hasta la línea de fondo y después salí de golpe hacia la canasta. Olaf me intentó bloquear a la altura del codo, pero me zafé rodeándolo, recibí el pase y me enderecé para tirar. Le saco unos veinte centímetros a Charlie, así que sabía que no podía bloquearme el tiro. Lo que hizo, en cambio, fue darme un golpe en la tripa con la palma de la mano. La pelota se quedó corta y yo grité «¡Falta!». El entrenador se llevó el silbato a la boca, pero no lo hizo sonar.

—Pensaba que este era un partido entre hombres —respondió Charlie a mi grito y me guiñó el ojo.

Para entonces, Karl recorría a toda velocidad el ala y Charlie había recuperado el balón. Lo sostuvo entre la mano y el interior de la muñeca, como si fuera una alfombra enrollada, y lanzó un pase largo y curvo que Karl recogió en plena carrera. Hizo un mate a toda velocidad, y aprovechó la inercia de la carrera para seguir hacia el otro extremo.

Y ahí se terminó el partido. Se encendieron los flashes de las cámaras, y en el periódico del día siguiente pude ver el gesto que había hecho durante el mate. Era el clamor de un bárbaro, me gustaría decir, salvo que los ojos, bien abiertos, parecían más nerviosos que felices. Me quedé buen rato analizando la foto (había otra más a su lado, ya hablaré de ella) mientras desayunaba exhausto y casi sin hambre. «Pasos de gigante», se leía en el pie de foto, aunque se me ocurrió otro que resumía mucho mejor lo que sentí al ver ese gesto: «Casi un rugido». El muchacho estaba imitando a las estrellas que había visto por televisión, la mayoría hombres negros, pero aún no había aprendido a experimentar ni la furia ni la dicha que ellos sentían por sus propios dones y que el juego les permitía expresar. Karl gritaba porque eso era, en teoría, lo que se esperaba de él.

El diario se llamaba *Bayrisches Bauernblatt*, la *Revista de los Agricultores Bávaros*. Tirada: veinte mil copias. A la mañana siguiente me levanté temprano para ir a por medio litro de leche y me compré una de esas copias en el kiosco que había a los pies de la colina. Casi todos los artículos tenían que ver con el clima, el precio del pienso, el Ministerio de Agricultura, etcétera. Se imprimía en la ciudad, en una máquina antigua ubicada en la oficina misma, que quedaba en el segundo piso de una casa del siglo XIX, al otro lado del río, justo enfrente del teatro. En el piso de abajo se situaba una radio local, que compartía varios empleados con el periódico. Las fotografías ocupaban la portada. Después de desayunar, recorté la segunda para mandársela a mis padres. La guardaron, la enmarcaron y unos años más tarde, cuando se la pedí, me la devolvieron. Ahora mismo la estoy mirando.

Una versión más joven de mí mismo, apenas un contorno desvaído, me devuelve la mirada desde ese papel barato, casi transparente. Una gota de leche derramada sobre las zapatillas de alguien se ha convertido en una mota violácea con el paso

del tiempo. Es un retrato del equipo, dispuesto en dos filas. En la delantera, de rodillas, están Charlie Gold, Willi Darmstadt (sonriendo, como el estudiante de instituto que es), Milo Moritz y *herr* Henkel. En la trasera, donde se ubican los jugadores más altos, estamos los demás de pie, con los brazos entrelazados; Karl tiene una mano apoyada en mi hombro. En un impulso de arrogancia afectuosa, yo tengo una mano en la cabeza de Charlie, sobre los pocos rizos que le quedan. «Días de juego», se lee en la parte inferior.

Las cámaras fueron una forma de la felicidad. O así lo recuerdo. No me refero solo a las fotos en sí, sino a la presencia de los fotógrafos. (Los periodistas nunca volvieron a un entrenamiento). Convirtieron esa suerte de hangar sombrío, situado a las afueras de una pequeña ciudad comercial de la Baviera agraria, en una cancha importante, en un verdadero escenario; nos convirtieron en jugadores de baloncesto. Solo un par de líneas de texto sobrevivieron al enmarcado de la foto. *Herr* Henkel, explica la nota, ha fichado a varios talentos jóvenes para tratar de ascender a primera división. El entrenador afirma que Charlie Gold, la estrella del año anterior, es la persona indicada para ponerlos en forma. La única incógnita es la rodilla de Hadnot: no queda claro si podrá recuperarse de la cirugía a tiempo para la temporada. En el peor de los casos, han fichado a un joven estadounidense como posible sustituto...